

10 de enero 2021

Lecciones de ilusiones infundadas

Carlos Hoevel

Pontificia Universidad Católica Argentina. Facultad de Ciencias Económicas. Departamento de Investigación Francisco Valsecchi

Solo al ver las imágenes impensables de la toma del Capitolio -el edificio que expresa el corazón institucional del país- muchos abrieron los ojos y recordaron con amargura cómo desde el día 1 Robert P. George, tal vez el jurista católico conservador y defensor de las políticas pro-vida más importante del país, se opuso terminantemente a la candidatura de Trump, sosteniendo que era alguien «manifiestamente inadecuado para ser presidente de esta Nación.»

¿Pero la decepción por el supuesto renacimiento del catolicismo conservador que parecía traer Trump vuelve válido el fervoroso apoyo de algunos católicos al mucho más correcto y elegante, pero abiertamente pro-abortista y aliado de los promotores de la ideología de género, Joe Biden? **¿No son conscientes que tal vez lo que venga con Biden represente no solo un episodio pasajero como lo fue Trump sino el inicio de un nuevo estado de cosas que barra por completo cualquier resto de resistencia de la visión cristiana y humana de la vida?**

Es entendible y bueno que frente al descalabro político-institucional desatado alrededor de la singular figura de Trump, muchos cristianos intenten bajar los decibeles extremos a los que ha llegado la guerra cultural que indudablemente se vive hoy tanto en los EEUU como el mundo. Pero una cosa es propiciar una vuelta a un centrismo político moderado para calmar las aguas de una presidencia que usó demasiadas veces medios

disparatados para defender valores fundamentales y otra cosa muy distinta es reaccionar al populismo de Trump plegándose a ciegas a los proyectos de dudoso respeto por la persona del establishment global. [Los Objetivos del Milenio de la ONU](#), el Great Reset post-covid del Foro de Davos -como en su momento los Foros de San Pablo y de Porto Alegre- podrán tener muchos valores sociales rescatables y destacables pero **no creo que puedan ser considerados por los cristianos como vehículos adecuados para la salida del mundo de la actual crisis**, que no es solo producto de la pandemia ni del trumpismo, sino también de los propios promotores del globalismo, ahora devenidos benévolos capitalistas inclusivos y ambientalistas.

En la Argentina **ni el Frente de Todos ni Juntos por el Cambio y en EE.UU. o Europa ninguno de los partidos más importantes, representan una verdadera garantía en las grandes cuestiones cruciales**, en especial, las que tienen que ver con el futuro de la persona y de la naturaleza humana con las que está comprometida la Iglesia, otros cristianos, los creyentes de otras religiones y los no creyentes de convicciones humanistas-trascendentes.

Esto no significa que cada cual no pueda optar por esos u otros partidos en las elecciones u otros momentos de decisiones políticas en que se presenten opciones y proyectos puntuales sobre debates esenciales. Pero creo que la Iglesia, que sigue siendo hoy, a pesar de todos sus problemas, quizás la única institución que defiende la dignidad de la vida humana en su integralidad, necesita mantener frente a ellos una prudente distancia y reservar y utilizar la mayor parte de las propias energías y tiempo en una tarea fundamental hoy muy descuidada: la educación y la formación de las conciencias.

¿Pero en que debería consistir esa educación? Creo que tendría que concentrarse sobre todo en **fortalecer al sujeto afectiva, intelectual y espiritualmente para resistir al dominio de lo que algunos han llamado el Nuevo Poder que hoy está surgiendo.**

Este Poder no consiste tanto en una dictadura estatal explícita (aunque no la excluye) sino más bien en un conjunto de procedimientos codificados en protocolos tecnocientíficos y en mecanismos comunicacionales de base algorítmica que una conjunción de intereses público-privados está Gestionando e imponiendo hoy gradualmente con el objetivo de lograr la homogenización y el control de todas las conductas individuales con el fin de lograr lo que se entiende como bienestar y progreso pero que en realidad constituye un empobrecimiento y degradación de la vida.

La lucha de los cristianos y humanistas no es hoy ni será probablemente en el futuro una lucha por una gran reforma social o política (¡no estamos ya en los años 70 como siguen pensando muchos!) sino sobre todo una lucha educativa y espiritual cuyo objetivo, quizás aparentemente modesto pero imprescindible, estará centrado sobre todo en mantenerse en pie y elevar la mirada, resistiendo **el proceso de deshumanización generalizada que amenaza en el horizonte.**